

# Interrogantes sobre la institucionalización de la memoria y la producción cultural

Sobre *La comunidad futura. Ruinas, instituciones culturales y otras imagerías*, de Gabriel Lerman



María Iribarren

El título del libro de Gabriel Lerman interpela a los lectores atentos en muchos aspectos ya que contiene presupuestos que, a lo largo de los textos, se abren a nuevos interrogantes.

Es un libro que descubre algunos nudos problemáticos de la cultura argentina cuando se indagan intervenciones cruzadas desde la dimensión histórica, la dimensión institucional y la dimensión imaginaria.

Voy a detenerme en dos de ellos a partir del concepto de “época” que propuso Claudia Gilman en *Entre la pluma y el fusil*. Gilman conjetura que una “época se define por el campo de los objetos que pueden ser dichos en un momento dado”.

De alguna manera, el libro de Gabriel Lerman intenta dar cuenta, nombra a través de “relatos y experiencias de los últimos quince años”, algunos de los “objetos” que permitirían configurar la época: la memoria de los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, la institucionalización de políticas “de la memoria”, los setenta como objeto o referencia de esa memoria, la preservación de la memoria histórica.

En este aspecto, se abre a varios interrogantes. El primero: ¿En qué medida la institucionalización de una memoria, cualquiera sea, no la cristaliza anulándola como motor de resignificación? Me refiero, por ejemplo, al rechazo de las Madres a la indemnización estatal por la desaparición de sus hijos pero también a cómo todavía genera malestar cualquier declaración pública de Hebe de Bonafini. La institucionalización de la memoria, parece, cauteriza lo que debiera permanecer siendo llaga.

En la producción cultural, en la expresión artística, ocurre lo contrario. Por ejemplo, algunas de las emergencias de la memoria subjetiva cruzada con la histórica, que menciona Gabriel Lerman, son las películas realizadas por los hijos de desaparecidos. Particularmente, el autor se detiene en *Los rubios*, de Albertina Carri, pero también menciona *Papá Iván*, de María Inés Roqué, y *M*, de Nicolás Prividera, entre otras. Hasta tal punto la memoria de esa ausencia no cristalizó ni en los cuerpos de esas y esos realizadores ni en las películas, que Albertina reescribió *Los rubios* con una visión política y estética totalmente otra en su película *Cuaterros*, estrenada en 2016. El caso de Nicolás es más drástico aún porque en estos meses estrenó *Adiós a la memoria*, con la que cierra una trilogía dedicada específicamente a la memoria como proceso introspectivo pero también con perspectiva ética, desde la cual ejerce su cine.

La segunda pregunta que propone el libro de Gabriel Lerman es acerca de “los setenta”. Porque las políticas de memoria que caracterizaron la época que el libro recorta –específicamente, los gobiernos de Néstor y Cristina– también restauraron y reivindicaron el uso del enunciado “los setenta” como matriz histórica para esas políticas de restauración de derechos, fundamentalmente. Entonces, ¿en qué medida, nombrados desde una política de Estado, “los setenta” no perdieron algo de ese carácter insubordinado, de ese carácter militante que se les asignaba, en el empeño de seguir transformando el mundo treinta años después?

Por último, más allá de las preguntas que despliega, la antología de textos que componen *La comunidad futura* sirve para vislumbrar las posibles consecuencias de institucionalizar un imaginario (subjetivo o social) retrospectivamente. Y, a su vez, el riesgo de no poder imaginar futuros posibles a través de las prácticas y las instituciones culturales.



*La comunidad futura. Ruinas, instituciones culturales y otras imagerías.* Gabriel D. Lerman. RGC Ediciones. ISBN: 978-987-47260-6-3. 168 páginas, 2020